

bre por la noche, á la hora en que Napoleon maniobraba en torno de Malo-Jaroslawetz, se aprovecha de las tinieblas, escápase por una ventana de la casa de salud donde se le detenía, habiéndose fugado ya antes el eclesiástico que le habia llevado la pluma, corre al aposento donde le esperaban los dos jóvenes dichos, viste á uno de ellos de ayudante de campo, vístese él de general, les dice que Napoleon ha muerto en Moscou el 7 de octubre, que reunido el senado por la noche ha votado el restablecimiento de la república, y mostrando las órdenes falsas preparadas cuidadosamente en su encierro, se dirige al cuartel de Popincourt, donde se hallaba la décima cohorte de la Guardia nacional, mandada por un veterano procedente de la reforma. Antes de ser colocado á la cabeza de esta cohorte habia servido algun tiempo y muy honrosamente en España. Soulier era su nombre. El general Malet hace que le despierten, se introduce al lado de su cama, le anuncia que Napoleon ha sido muerto en Moscou de un tiro el 7 de octubre, que reunido el senado secretamente ha determinado el restablecimiento de la república, y ha nombrado al general Malet gefe de la fuerza pública en Paris, y fingiendo no ser el general Malet, sino el general Lamotte, uno de los empleados en la capital de Francia, dice que va de orden superior á tomar la legion décima para conducirla á diversos puntos de la capital, donde debe prestar importantes servicios. Sorprendido el comandante Soulier por esta noticia, no imaginando que pudiera ser inventada, sencillo como era, la deplora y se dispone á la obediencia. Se levanta, hace que se reuna la cohorte, trasmítela en el patio del cuartel la noticia llevada

por el supuesto general Lamotte, noticia acogida con sorpresa, bien que sin incredulidad, tan natural parecia á todos y aun grata á algunos, pues habia en las cohortes antiguos oficiales republicanos vueltos á llamar al servicio y muchos soldados sacados muy á disgusto suyo de sus hogares despues de cumplir muchas veces todas las leyes de la conscripcion ó quinta. Todos obedecen sin oponer duda ni objecion de ninguna especie.

Antes de amanecer los lleva el general Malet, supuesto general Lamotte á la Fuerza, manda llamar al gefe de la prision, le muestra una orden para que sean puestos en libertad los generales Lahorie y Guidal, obtiene su excarcelacion por consecuencia de la misma credulidad, estrechándolos en sus brazos les anuncia la gran noticia, les engaña como á los demas, finge participar de su alegría, les enseña los decretos del senado, y les traza la conducta á que han de atenerse. Guidal debe ir á apoderarse del ministro de la Guerra y Lahorie del de Policia, llevándole despues á la Consergeria, mientras Malet va á apoderarse del general Hulin, trasladandose al estado mayor de la plaza. Se les dá la consigna de levantar la tapa de los sesos al que rehuse atemperarse á los decretos del senado, sobre los cuales ni á Guidal ni á Lahorie les ocurre la menor duda. Con fundamento habia creido Malet que sus cómplices engañados no vacilarian en ejecutar sus instrucciones con una buena fé que arrastraria á todo el mundo. De uno de los dos jóvenes citados se vale Malet para enviar al prefecto del Sena, Frochot, los decretos del senado y la intimacion de preparar la casa de Ayuntamiento, donde se debe reunir el gobierno provisional: A

uno de los regimientos de la guarnicion corre el otro agente improvisado, con órden para el coronel de guardar con destacamentos todas las barreras de París, no dejando entrar ni salir á nadie.

Convenidas rápidamente todas estas cosas, á fin de llevar á remate la sorpresa de París dormido, se va a casa del duque de Rovigo al tiempo de despuntar la aurora. Habiendo pasado el ministro de Policia toda la noche en el despacho de los negocios, tenia absolutamente prohibido que se le despertase. A la cabeza el general Lahorie de un destacamento de la décima cohorte, penetra en su casa, echa abajo la puerta de su alcoba, y por entre los pedazos de ella pasa y le sorprende, apareciéndosele delante. Juntos habian servido, teniendo relaciones amistosas.—Ríndete sin resistencia, le dice, porque te estimo y no quiero hacerte daño. El emperador ha muerto, el imperio está abolido, y el senado ha restablecido la república.—El duque de Rovigo responde á Lahorie que es un insensato, que una carta llegada aquella misma noche desmiente el aserto, que la noticia es falsa, y que figura como autor ó juguete de una impostura. Lahorie, tan convencido como el duque de Rovigo puede estarlo, afirma: el duque de Rovigo niega. Lahorie manda entonces que le echen mano. Por su parte el duque de Rovigo procura desengañar á la tropa, mas es natural que suscite disputas el hombre á quien se prende, y su posicion basta para impedir que se le crea. Segun sus instrucciones, Lahorie debiera levantar la tapa de los sesos al duque de Rovigo; no quiere hacerlo, corre cerca de Guidal que se halla cerca, para acordar juntos lo mas conveniente. Guidal le sigue. Persistiendo

ambos en su credulidad, si bien no queriendo matar á un antiguo camarada, impone silencio al duque de Rovigo, y sin hacerle daño le envian á la Consergeria, adonde ya ha sido trasladado el prefecto de policia por iguales medios.

Hasta aqui va bien todo. Pero el arresto del duque de Rovigo ha retardado algo el del ministro de la Guerra, y por su parte el general Malet pierde tiempo en la del general Hulin, comandante de la plaza. Habiéndose trasladado á su casa con un destacamento de la misma cohorte, le sorprende en la cama, hace que se levante, le anuncia los mismos asertos empleados ya con tanta fortuna, no le halla incrédulo á la noticia de la muerte de Napoleon, pero si muy recalcitrante en cuanto al restablecimiento de la república por una deliberacion del senado, y asi le responde, invitándole á que le presente las órdenes. Mas fiel el general Malet á su plan que sus cómplices improvisados, le contesta que se las va á comunicar en su gabinete, hace que se lleve allá el general Hulin, y le derriba con una pistola disparada á quema-ropa. Sale Malet de seguida, se dirige á casa del gefe de estado mayor Doucet, le repite cuanto ha dicho á los otros, le anuncia ademas su elevacion al grado de general, y le intima que le entregue al punto el mando de la plaza. Ya fuese que hubiera debilitado su resolucion el acto de violencia á que el general Malet acababa de entregarse, ya que le trastornase la primer duda encontrada aquel dia, mostrose con este gefe de estado mayor menos firme. Vacila, pierde tiempo, y alienta la incredulidad que no anonada sin demora con una afirmacion absoluta ó con un nuevo pistoletazo. En esto aparece otro ofi-

cial de la plaza, llamado Laborde, recuerda las facciones del general Malet, instantáneamente penetra que se trata de una conspiración atrevida, llama á un oficial de policía, que conocia á Malet precisamente por haber contribuido á trasladarle de una cárcel á otra. Seguro el oficial de policía de que el general es uno de los sometidos á su autoridad, le pregunta cómo y por qué ha abandonado su prisión, le embaraza, le desconcierta y le hace perder todo su ascendiente sobre su tropa. Entonces Malet quiere hacer uso de sus armas; se le echan encima, le atan las manos, le aprisionan delante de su tropa vacilante, que ya empieza á creer que ha sido engañada. Aun se lisonjea de ser socorrido por sus cómplices, pero, en lugar de ellos, acuden soldados de la Guardia imperial, que, avisados á toda prisa, libertan al estado mayor de sus asaltadores, y así los que iban á prender quedan presos.

A la vuelta de una hora se hallan libres el duque de Rovigo y el prefecto de policía y vuelven á entrar ambos en el ejercicio de sus funciones. Sin duda parecerá mas singular que cuanto acaba de leerse, que, llegando del campo al amanecer el prefecto del Sena, sorprendido por la noticia divulgada en la casa de Ayuntamiento, no pudo creer que fuese inventada, y dedicóse á preparar los aposentos, según se le había prevenido, á la verdad muy despacio, no porque abrigase dudas, sino porque era poco afecto al gobierno republicano, que al parecer debía suceder al imperio. No maravillará tanto que el jefe del regimiento, encargado de guardar las barreras, obedeciese y enviase destacamentos para apoderarse de ellas.

Apenas era medio día, cuando todo estaba acabado, tornando á su ser las cosas, las autoridades, sorprendidas un momento, al ejercicio de sus funciones, y pasando París, al saber la rápida sucesión de tales escenas, del miedo que siempre le inspiraban las tentativas de los llamados terroristas á una inmensa carcajada contra una policía detestada, y cogida tan fácilmente de sorpresa. Concebía-se que fuera preso cualquier otro ministro. ¡Mas serlo el ministro de Policía en personal Asunto de risa, de diversion y de parla ofrecia de sobra, si bien, despues de preceder el miedo á la risa, la seguia igualmente, pues habia muchas reflexiones tristes que hacer sobre semejante estado de cosas.

Tanta credulidad en admitir las órdenes mas extrañas, tanta obediencia en ejecutarlas, acusaban, no á los hombres, siempre expuestísimos al engaño y tan prontos en obedecer luego que han contraido la costumbre, sino al régimen bajo el cual eran posibles tales cosas. Bajo este régimen de misterio, de obediencia pasiva y ciega, donde un solo hombre era el gobierno, la constitucion, el Estado, donde este hombre jugaba cotidianamente la suerte de Francia y la suya en aventuras fabulosas, natural era creer en su muerte, creida su muerte buscar una especie de autoridad en el senado y continuar obedeciendo pasivamente, sin examen ni disputa, pues ya no habia costumbre de concebir ni de tolerar contradicción alguna. No se pudiera sorprender por medios semejantes á un estado libre, pues á cada paso encuéntranse mil contradictores en los países donde todos ratiocinan y discuten sobre sus deberes. Bajo un estado despótico el temerario que pone la mano en el resorte

esencial del gobierno es el amo, y es el que da origen á las conspiraciones de palacio, signo afrentoso de la caducidad de los imperios condenados al despotismo. ¡Y entretanto Napoleon tenia un heredero, en quien nadie habia pensado siquiera!

De consiguiente á nadie se podia acusar mas que al régimen existente, pero temiendo la policia y la autoridad militar que el emperador culpase á una ó á otra por tan extravagante aventura, cada una de ellas se esforzaba por que del exámen de los hechos resultara su justificacion propia y la acusacion de su rival. La policia no habia descubierto esta trama, y la autoridad militar se habia prestado á ponerla por obra con una facilidad que tenia visos de connivencia. Sin embargo, las dos eran inocentes. No habia podido descubrir la policia lo que estaba en la cabeza de un solo hombre, y nada mas natural que creyera la autoridad militar inferior una cosa tan creíble como la muerte de Napoleon. No era pues inepta la primera, ni infiel la segunda, pero una y otra necesitaban ser acusadoras de miedo de ser acusadas. Ademas no se estimaban los ministros de Policia y de la Guerra: el duque de Feltre tenia todas las exterioridades del bien, el duque de Rovigo todas las exterioridades del mal, y en ninguno de ellos la realidad correspondia á las apariencias. Buscó la verdad el duque de Rovigo, como que tenia grande interés en su descubrimiento, y esta verdad redundaba en descargo de todo el mundo, exceptuando al general Malet tan solo. Donde quiera deseaba el duque de Feltre hallar cómplices del delincuente, á fin de que la policia apareciera culpable de no haber dado con ellos, siendo tan nume-

rosos. Bajo régimen semejante debian ejercer estas preocupaciones un funesto influjo sobre la suerte de los reos. El gobierno, compuesto de los ministros, de los grandes dignatarios que en Paris se hallaban entonces, juntóse bajo la presidencia del archicanciller Cambaceres, y providenció lo que tuvo por conveniente. Con su arte de dulcificar las asperezas, de neutralizar las proposiciones extremadas, lo cual arguye buen seso, mas no siempre se acuerda con la justicia, hizo resolver la formacion de una comision militar, á que fueran sometidos mas de veinte acusados. Realmente no habia mas que un culpable, el general Malet, quien ademas del atentado político acababa de cometer otro crimen, derribando casi muerto á sus pies á un hombre, que no murió por dicha. Pero los generales Lahorie y Guidal, entrados en su proyecto voluntariamente sin duda, bien que á consecuencia de la enunciacion de un hecho falso, á que dieron asenso, y en vista de órdenes supuestas, que tuvieron por seguras, no eran culpables á la faz de Dios ni á la de los hombres. A la verdad eran oficiales de alta graduacion y muy sospechosos, y tambien habian tenido no escasa participacion en el atentado y de consiguiente se concibe que dierran lugar á alguna duda. ¿Pero cuál podia existir respecto del comandante de la décima cohorte, Soulier, militar valeroso, que supo la muerte de Napoleon con pesadumbre, la prestó asenso y obedeció de resultas? Contra éste era una iniquidad toda pena y mas la de muerte: sin embargo, fué condenado con otros trece. En su favor pidió la policia un aplazamiento para la instruccion de la causa, y no pudo obtenerlo. En cinco dias fueron pre-

sos, juzgados y sentenciados catorce infelices, y ejecutados no menos de doce.

Tales fueron las extrañas noticias que asaltaron á Napoleon en Dorogobouga. Y bien tenian porque afectarle, pues las que le llegaban del ejército debian inquietarle gravemente por su retirada, y las que le llegaban de París revelaban cuánto habia de efimero en su poder prodigioso. Lo que mas efecto hizo á Napoleon de las últimas noticias fué la facilidad en creer y en obedecer bajo su reinado, y sobre todo el olvido completo relativamente á su hijo.—¡Pues qué (exclamó muchas veces) no se pensaba en mi hijo, en mi esposa, en las instituciones del imperio!—Y cada vez que lanzaba esta exclamacion de sorpresa, recaia en sus sombrías reflexiones, de cuya amargura se podia juzgar por la triste expresion de su semblante.

Mas justo respecto de los infelices, á quienes se acababa de inmolar, que los que tan ligeramente los habian sentenciado, preguntó al general Lariboisiere, que al lado de Moreau habia conocido á todos los generales republicanos, quien era Lahorie.—Un oficial valeroso (le contestó el respetable gefe de artillería) un oficial del mas alto mérito, que os sirviera muy bien, si no se empeñaran en perderle ante vuestra gracia; que os hubiera servido como os sirve el general Eblé, á quien no dejaron tampoco de presentárosle como sospechoso, y de cuyo carácter y talento podeis juzgar todos los dias.—Razon teneis, repuso Napoleon tristemente: esos imbéciles, despues de haberse dejado coger de improviso, quieren congraciarse á mis ojos fusilando hombres por docenas!

Sin embargo, Napoleon necesitaba ocuparse en

cosas mas urgentes que esta conjura, accidente efimero y sin otra consecuencia para él que la de un fulgor siniestro lanzado sobre su situacion politica; necesitaba expedir órdenes á los diversos cuerpos de sus tropas, cuya concurrencia era indispensable para impedir la reunion de todas las fuerzas enemigas á nuestra espalda, reunion ya muy de temer, y que podia reducirnos á pasar por las horcas caudinas, y aun quizá á constituir á Napoleon en prisionero de Alejandro.

Napoleon hizo que Mr. de Bassano escribiera al principe de Schwarzenberg y al general Reynier para que no vacilaran entre Brezesc y Slonim, y dejaran alli el cuerpo de Sacken, que no era muy peligroso contra Varsovia, y á quien por otra parte se abrumaria en breve tanto mas de seguro cuanto fuera mas temerario, y marcharan sin descanso contra el almirante Tchitchakoff, pues la presencia de este general ruso junto al Berezina, esto es, en la linea de retirada, podia ser desastrosa. Al duque de Bellune escribió para que se juntara al punto con el mariscal Oudinot: á ambos recomendó que fueran velozmente sobre Wittgenstein, á quien aventajaban tanto en la cantidad como en la calidad de las tropas, y le empujaran mas allá del Dwina á todo trance, y le ganaran una batalla decisiva, y relevaran al grande ejército de presentarla, pues estaba cansado en demasia (Napoleon no osaba decir que arruinado), y se dieran sobre todo prisa, pues quizá contra Tchitchakoff fuera tambien indispensable su ayuda. A Wilna escribió para que se hiciera ir de Koenigsberg á una de las divisiones del mariscal Augereau, la que ya habia sido enviada á Danzick y habia pasado de manos

del general Lagrange á manos del general Loison. Esta y la del general Durutte, enviada á Varsovia para auxiliar al general Reynier, componian las dos destacadas del ejército de Augereau, que iban á ser reemplazadas por la del general Grenier, procedente de Italia y elevada á la sazón á diez y ocho mil hombres.

Ademas Napoleon recomendó á Mr. de Bassano, el cual desplegaba en Wilna la mayor actividad administrativa, que dirigiera á los diversos depósitos del ejército, esto es, á Minsk, Borisow, Orscha, Esmolensko, cuantos víveres, bebidas espirituosas, vestuario y caballos pudiera proporcionarse. Ordenó que se hiciera á dinero contante una compra de cincuenta mil caballos en Alemania y en Polonia, y para efectuarla, si era posible, debió partir al punto el general Bourcier, gefe allí de los depósitos de caballería.

Expedidas estas órdenes partió Napoleon para Esmolensko, recomendando al mariscal Ney, encargado de cubrir la retirada, que retardase todo lo posible la marcha del enemigo, para dar tiempo de unirse á los rezagados. Al príncipe Eugenio prescribió que se desviara en Dorogobouga del camino de Esmolensko para tomar el de Doukhowtchina, que este príncipe habia ya andado, que en víveres ofrecia algunos recursos, y desde donde podía asegurarse la posición de Witebsk, amenazada por Wittgenstein entonces. Si esta plaza corria peligro, el príncipe Eugenio debía trasladarse á ella y establecerse allí de seguida, pues Witebsk y Esmolensko estaban destinadas á ser los dos puntos de apoyo de nuestros cantones.

Napoleon salió de Dorogobouga el 6 de no-

viembre. Todo el ejército siguió el 7 y el 8. Ya mas sensible el frío hizo que nuevamente se echara de menos la ropa de abrigo, y todavía mas el de las herraduras para que sobre el hielo anduvieran los caballos. Esta doble omisión explicábase por la estación en que se habia partido, y por la creencia concebida al partir de hallarse de retorno antes del mal tiempo. Nuestros infelices soldados marchaban disfrazados con vestidos de todas clases, cogidos en el incendio de Moscou, sin poderse resguardar de un frío de nueve á diez grados, y á cada cuesta, resbaladiza por consecuencia de los hielos, nuestros caballos de artillería no lograban subir las piezas del mas escaso calibre, ni aun duplicando ó triplicando los tiros. Por mas que se les apaleaba hasta hacerlos sangre, caian con las rodillas destrozadas y no podian superar el obstáculo, privados como estaban de fuerzas y de medios para mantenerse sobre el hielo. Arcas se habian abandonado hasta el extremo de no tener ya casi municiones: muy pronto fué menester abandonar cañones, trofeo que nuestra brava artillería no entregó á los rusos sino con el dolor en el alma y la confusión en la frente. Así disminuyeron mucho los carros, y cotidianamente se abandonaban otros nuevos, muriéndose los caballos por los caminos. Estos servian de alimento. Llegada la noche se arrojaban sobre los que habian sucumbido, se dividían á sablazos en trozos, se asaban sobre inmensas hogueras encendidas con árboles echados abajo, se les devoraba, y luego dormian las tropas al calor de aquellas hogueras. Si los cosacos no iban á perturbar un sueño comprado á tanta costa, frecuentemente unos despertaban medio tosta-

dos, otros hundidos en lo que el calor habia trasformado de hielo en lodo. Sin embargo, no todos tornaban á levantarse, porque á medida que el termómetro descendia mas de diez grados, ya cierto número de ellos no resistia la temperatura de las noches. Y con todo se volvia á emprender la marcha, sin mirar apenas á los infelices, á quienes se dejaba muertos o moribundos en el bivaque y por quienes ya no se podia hacer nada. Pronto los cubria la nieve, y ligeras eminencias señalaban los lugares donde yacian estos valientes soldados sacrificados á la mas loca empresa.

Mientras Napoleon, escoltado por el mariscal Ney, marchaba sobre Esmolensko con la Guardia imperial, el cuerpo del mariscal Davout, la caballería desmontada y una masa de rezagados, que el abandono de las filas aumentaba mas que disminuia la muerte, el principe Eugenio tomaba el camino de Doukhowtchina, siguiéndole de seis á siete mil hombres armados, inclusa la Guardia real italiana, algunos restos de ginetes bávaros que conservaban sus caballos, su artillería todavía con tiros, muchos rezagados, y cierto número de familias fugitivas, que se agregaron al ejército de Italia. Llegado al fin de la primera jornada, el 8 de noviembre, cerca del palacio de Zazete, donde esperaba hallar algunos recursos y abrigo para la noche, fué sorprendido por un frio intenso. De repente se detuvieron su artillería y sus bagages al pie de una cuesta, sin posibilidad de trasponerla. Tan resbaladiza estaba la escarcha que era imposible hacer subir las menores cargas. Desenganchando las piezas para doblar ó triplicar los tiros, se consiguió poner arriba las de pequeño calibre,

pero fué preciso renunciar del todo á las de á doce, que componian la reserva. Despues de perder los artilleros todo el dia en resultado tan exiguo, se hallaban extenuados, no menos que sus caballos, y humillados por la necesidad de abandonar de esta manera su artillería mas pesada. Mientras consumian estérilmente sus fuerzas, Platow, que les habia seguido con sus cosacos y con ligeros cañones, llevados sobre trineos, no cesó de enviarles balas. Entonces el general Anthouard fué gravemente herido, hasta el punto de no poder ya mandar la artillería del ejército de Italia. Se le reemplazó con el coronel Griois, bravo oficial, modesto y distinguido, á quien dejó sin empleo la destruccion de la caballería de Grouchy, á la cual estaba agregado.

En el palacio de Zezele se pasó muy triste noche. A otro dia, que era el 9, partióse muy temprano para cruzar el Vop, riachuelo que el anterior mes de agosto no presentaba mas que un hilo de agua, arrastrándose sobre un lecho casi seco. Ahora rodaba sobre un lecho ancho y hondo cuatro pies cuando menos, cargado de lodo y de témpanos de hielo. Tomando la delantera los pontoneros del principe Eugenio, emplearon la noche en construir un puente, y helados, moribundos de inanición, suspendieron su trabajo algunas horas, con intención de tornar á emprender y de concluir su tarea despues de este corto descanso. Pero al despuntar el dia, llegan los mas diligentes de la muchedumbre inerme á colocarse sobre el puente no acabado. Por causa de una espesa niebla, que no permite distinguir claramente los objetos, creyendo la masa practicable el puente, sigue á los que trataron de pasarlo antes que todos, se agolpa detrás de ellos,

muy pronto se impacienta de que no adelanten camino, se irrita, hace empuje, y echa al agua fangosa y helada á los imprudentes que se empeñaron en este paso sin salida. Al cabo los gritos de los infelices precipitados en el torrente avisan á la cola de las columnas, que retrocede y mira con desesperacion aquel riachuelo, imposible de cruzar á lo que parece. Algunos pelotones de ginetes, que han conservado sus caballos, tratan de vadearlo, y efectivamente, despues de vacilaciones, hallan un punto por donde pasan con el agua hasta el arzon de la silla. Entonces sigue su ejemplo la infanteria y entra en aquel torrente rápido y que arrastra enormes témpanos de hielo. Asi desfila casi toda, y llegada á la opuesta orilla, se apresura a encender hogueras para entrar en calor y secarse la ropa. A su vez procura la muchedumbre cruzar el torrente: unos lo consiguen, otros caen para no levantarse nunca. Al mismo tiempo se emprende la tarea de trasladar la artilleria de una orilla á otra. Triplicando los tiros se logra que pasen el lecho del torrente las primeras piezas, pero el suelo se hunde, se abre, se ahonda el vado, comienzan á estar altas las aguas, y algunas piezas quedan atolladas en la pendiente. Asi el vado se obstruye y llega á ser impracticable el paso. Los infelices que se arrastraban sobre pequeños carros rusos y no han pasado todavia, con desesperacion ven al obstáculo aumentar en proporciones, hasta el punto de no ser posible vencerlo. Entonces mismo aparecen tres ó cuatro mil cosacos, lanzando gritos salvages. Atajados por el fuego de fusilería de la retaguardia, no osan acercarse á alcance de sus lanzas, pero con su artilleria sobre trineos disparan balas contra la

espantada muchedumbre, destrozan los carros de bagages, y esparcen una desolacion verdadera. Acude el principe Eugenio para restituir algo de calma á la muchedumbre desesperada, y no lo consigue. Véanse pobres cantineras, mugeres italianas ó francesas, fugitivas de Moscou, abrazando á sus hijos, y llorando al borde de aquel torrente á que no osan lanzarse, mientras soldados valientes, llenos de humanidad, las toman los hijos en sus brazos, y van y vienen hasta dos y tres veces para trasladar á la otra orilla á estas familias desconsoladas. Pero á cada instante aumenta el tumulto, es fuerza renunciar á aquellos preciosos bagages con que vivian los fugitivos, y de los cuales aun sacaban los oficiales algunos recursos. Entonces los soldados, á vista de aquella presa, que va á ser abandonada á los cosacos, no escrupulizan saquearla. Cada cual echa mano á lo que puede ante los ojos de las infelices familias desoladas, que ven desaparecer sus medios de subsistencia. Queriendo tambien tener parte en el botin los cosacos, se adelantan para el saqueo, y se les desvia á bayonetazos ó á tiros en medio de una confusion espantosa.

Este deplorable suceso, que se llamó el desastre de Vop en la retirada, y era preludio de otro desastre de la misma clase, destinado á ser cien veces mas horrible, retuvo al ejército de Italia hasta la noche. Se hizo alto á la otra orilla del Vop, se encendieron hogueras, secóse la ropa, reflexionóse amargamente sobre la miseria amenazante, y al dia siguiente se volvió á tomar el camino de Doukhowtchina. Se habian perdido todos los bagages y toda la artilleria, á excepcion de siete ú ocho piezas. Unos mil infelices alcanzados por las balas ó



caídos al agua pagaron con su vida esta marcha inútil del todo, como se verá al punto.

Por fin el día 40 se llegó á Doukhowtchina. Era una ciudad pequeña, bastante rica, donde ya el príncipe Eugenio había vivido en el anterior mes de agosto. Ocupábanla los cosacos. Se les arrojó de allí sin mucho trabajo, porque, á semejanza de aves de rapiña, estos ginetes ligeros, rapaces y fugitivos, jamás hacían cara y se contentaban con seguir á nuestras columnas, para rematar á los heridos, despojarlos, y dejar vacíos los carros abandonados. Desierta estaba la ciudad de Doukhowtchina, si bien no incendiada y bastante provista de víveres. Allí había harina, patatas, coles, carne salada, aguardiente, y lo que valía mas de todo, casas para alojarse. Este infortunado cuerpo de ejército halló allí algo de reposo, casi abundancia, y sobre todo abrigo de que estaba privado hacia tiempo, ventajas que fueron apreciadas como lo pudiera ser la prosperidad mas brillante.

Costaba desprenderse de tan buen albergue. Así el príncipe Eugenio, despues de haber deliberado con su estado mayor y antes de aventurarse hasta Witebsk por entre una nube de enemigos, juzgó prudente que se tomaran lenguas para saber si acaso se iría en auxilio de una ciudad ya perdida para nosotros. Con el fin de adquirir informes, se enviaron algunos polacos, y durante este tiempo se dejó descansar al cuerpo de ejército en Doukhowtchina.

Allí estuvo los días 10 y 11 de noviembre, en situación que se llamara venturosa, á no ser por los tristes presentimientos que asediaban de continuo á los espíritus menos previsores. No se pudo averi-

guar gran cosa: sin embargo, por ciertos rumores, que oyeron algunos polacos, hubo lugar á creer y casi con certidumbre, que Witebsk estaba tomada. Ya no era el caso de aventurarse tan lejos, y á todos convino la idea de incorporarse al grande ejército, marchando á Esmolensko en derechura. En tan crueles angustias, deseaban unos juntarse á otros, y separarse era una verdadera agravacion de infortunio. Con el fin de ganar una marcha, se partió en la noche del 11 al 12 prendiendo fuego á aquella pobre ciudad de madera, y que sin embargo había servido de tanto socorro. Dos leguas caminóse al resplandor de este fanal siniestro, que coloraba con sangrientas tintas los abetos cubiertos de nieve.

Toda la noche y parte del día siguiente marchó el príncipe Eugenio, perseguido siempre por los cosacos, y establecióse al fin de la jornada como pudo dentro de algunas chozas, para pasar á su abrigo la noche del 12 al 13. A la mañana siguiente se volvieron á poner en camino, y desde lo alto de las colinas extendidas á orillas del Dnieper divisaron como al medio día las torres de Esmolensko brillantes de blancura. Todos sus bagages había perdido aquel cuerpo, su artillería y unos mil hombres, pero la vista de Esmolensko, que parecía casi la frontera de Francia, causóle un vivo movimiento de alegría. ¡Ah, no sabia lo que allí le aguardaba!

Durante estos mismos días 9, 10, 11 y 12 de noviembre, continuó el grande ejército su marcha de Dorogobouga á Esmolensko, sembrando á cada paso la tierra de hombres y de caballos sin vida, de carros abandonados, y consolándose con la idea

que animaba á todos de hallar en Esmolensko víveres, descanso, techos, socorros, y finalmente, todos los medios de recuperar las fuerzas, la victoria y aquella gloriosa supremacía de que se había gozado durante veinte años. Mientras la cabeza del ejército marchaba sin que la persiguieran enemigos encarnizados, bien que bajo un cielo que era el mayor enemigo de todos, la retaguardia guiada por el mariscal Ney sostenía á cada paso algo difícil combates obstinados, para contener sin artillería y sin caballería á los rusos, abundantemente provistos de todas las armas. Dentro el mariscal Ney de Dorogobouga empeñóse en defenderla, lisonjeándose de defenderla muchos días y de dar así espacio á que cuanto iba como á rastra, hombres y cosas, llegara á Esmolensko. Este hombre singular, cuya alma enérgica estaba sostenida por un corazón de hierro, que jamás sentía cansancio ni privación alguna, que se acostaba á cielo raso, dormía ó no dormía, se alimentaba ó no se alimentaba, sin que nunca el desfallecimiento de sus miembros menoscabara su bizarría, marchaba á pie lo más del tiempo, en medio de sus soldados, no desdendiéndose de juntar cincuenta ó ciento, y de ir á su cabeza como un capitán de infantería por entre el fuego de la fusilería y la metralla, tranquilo, sereno, considerándose invulnerable, pareciéndolo efectivamente, y no creyéndose rebajado cuando en una de estas escaramuzas de todos los instantes, cogía un fusil de manos de un soldado moribundo y lo descargaba contra el enemigo, para probar que no hay tarea indigna de un mariscal, si es provechosa. Implacable con los demás como consigo propio iba á despertar con su propia mano á los remolones,

movíalos de un lado á otro, los obligaba á partir, y hacia que se sonrojaban de su remolamiento (cobardes de hoy que ayer habían sido héroes á menudo). No ablandándose ante los heridos que caían en torno suyo y le suplicaban que no los abandonase, les respondía bruscamente que allí para llevarse no tenía cada cual más que sus piernas; que ellos eran hoy víctimas de la guerra, y él quizá lo sería mañana, y que morir entre el fuego ó sobre el camino era el oficio de las armas. No pueden ser de hierro todos los hombres, pero les es lícito mostrarse tales con los demás, cuando lo son primeramente y sobre todo consigo mismos. Después de mantenerse un día y luego otro en Dorogobouga, retiróse el mariscal luego que los rusos pasaron el Dnieper sobre su derecha, y le amenazaron con envolverle y aprisionarle. Entonces trasladóse al otro paso de este río, junto á Solowiewo, defendiólo igualmente, y á algunas leguas de este punto, sobre la meseta de Valoutina, que había cubierto de cadáveres tres meses antes, obstinóse en defender aun el terreno. Llegado allí, tenía que entrar en Esmolensko y entró efectivamente, si bien el último y después de hacer todo lo posible por retardar la marcha del enemigo.

Cada cuerpo, marchando en su sitio, se aproximaba sucesivamente á Esmolensko. ¡Ah, todos debían experimentar allí crueles desengaños! Napoleón, llegado el primero, sabía muy bien que no había en esta ciudad los vastos almacenes con los cuales se contaba; pero con las subsistencias que había allí para ocho ó diez días, habíase lisonjeado de atraer en torno de sus banderas á los soldados desbandados, haciéndoles distribuciones de víveres